

II

GAM.—¡Pobres clásicos! ¡Ellos tan asiduos en la hechura de frases, tan conformes en el tesón de inventarlas, tan remirados en hacerlas españolas, tan dedicados á honrar con ellas el lenguaje nacional! ¿Quién el día de hoy los estudia?, ¿quién los cultiva?, ¿quién abre sus libros?

GER.—¿Abrir dijiste? ¿Quién los conoce por el forro?, dijera yo.

NEAN.—Viéneme ahora al magín que, estando yo unos años hace con el cargo de gacetillero de una Revistilla, en cierta ocasión hablaba con otros mozalvetes de los clásicos españoles. Uno de ellos hizo un ademán que me dió harta pena. Escupiéndome saliva y pisándola con el pie, dijo haciendo asco: No los aprecio en lo que piso. Preguntéle yo azorado si en aquel pisar el salivazo había mostrado desdén con Cervantes. Respondióme: Con el novelis-

ta, no; con el hablista, sí. ¿Por qué?, repuse. Satisfizo diciendo: Quien escribe *maguer, vegadas, desaguizado, asaz, cuitado, aime, aína, denantes, aosadas, eceto, contino, otrosí, formoso* y otras majaderías semejantes, no sabe tomar la pluma, levanta á cualquiera el estómago, es escritor churriguerista.

GAM.—¿De la ruin cuadrilla nadie salió á dar tapaboca al presuntuoso gacetillero?

NEAN.—Yo no tuve costilla para tanto, amigo Gamantes. Allí hacías falta tú con tu profunda erudición.

GER.—No hay remedio: cuando el necio da en tenerse por sabio, toma alas de sólo considerarse el gallo de casa.

GAM.—Ello es evidente, amigo, que la Real Academia donde con más ahinco bebió fué en el libro del *Quijote*, como en fuente de agua viva, según lo dicen las innúmeras autoridades que de él sacó para su Diccionario, si bien se me ofrece á mi corto ingenio, que palabras se hallarán del todo nuevas en autores de aquel tiempo.

GER.—A mí extrañeza me causa tu perplejidad. Cual si no hubiera, salvo el *Quijote*, quien diese materia al vocabulario español.

GAM.—De una gloria podemos ufanarnos los amigos del *Quijote*, á saber, de hallar en el Diccionario calificadas las voces y frases todas de este precioso libro, que en la estima de la Real Corporación parece ser el más primoroso

de la lengua, la flor y nata del castellano, la quinta esencia de lo puro y castizo.

NEAN.—Mucho decir es ése.

GER.—¿Mucho? Poquísimos, añado yo, para un antojado como nuestro Gamantes. Más pudiera haber pujado en él el anhelo de ponderar. ¿Cómo no le plantó á la cabecera de todos los libros? ¿Cómo no despachó á favor suyo la cédula honorífica de primer libro español?

GAM.—Eso quería decir yo en el hacer la salva á su grandeza, bien que declaro haberme quedado tan corto porque las palabras no acertaron á magnificar la excelsitud de mi formado concepto.

GER.—Pues, hijo, hágote saber que no tienes de tu parte la ilustración de la pura verdad. La verdad, si no es entera, suele frisar con el error, cuando no está pared en medio de la mentira. El *Quijote* no es lo que tú blasonas. Ojalá se hicieran todos los españoles capaces de penetrar todas las gracias del libro, despestañándose sobre él; así y todo, no podrían, aun encomendándolas á la memoria, gloriarse de haber alcanzado perfectamente la lengua castellana.

NEAN.—Capa de retórica paréceme ésa, D. Geroncio. ¿Qué más requiere la posesión del romance sino saber el *Quijote* de memoria? A mis oídos ha llegado que el celebrarse en este año el tercer centenario de su impresión era un solemnizarse el colmo del castellano, cual si

dijeran hacer fiesta al patriarca del idioma, coronar con soberano triunfo al inventor más esclarecido de la lengua patria. Por lo demás, yo así lo comprendo.

GER.—Sí, eso se dice, eso se ruge, eso se vocea por ahí, aunque tú lo echaste á perder con esa muletilla de *por lo demás* tan poco española como la otra *lo comprendo*. Pero la verdad, la verdad entera es muy otra, amigos míos.

GAM.—Veamos cómo nos declara v. m. su sentir en esta parte, porque á mí se me hace recia cosa el creer que no sea el *Quijote* lo que todos opinan que es.

GER.—Que todos piensen contigo, tampoco es verdad. Los hay que desvaloran buena parte de tu cuenta, porque no la hallan justa y cabal.

NEAN.—Sí, Gamantes amigo; así como hay mozalvetes que escupen el *Quijote*, también los hay, los cervantistas, que le suben á la coronilla de las estrellas, ponderando su mérito lingüístico, porque le estiman cual bajado de los cielos, ó escrito por pluma de ángeles. Entre los que le divinizan y los que le estiman en poco, sus leguas habrá de distancia.

GER.—Bien hablado eres, Neanisco; no todo ha de ser galiparla. Ese parrafillo no es cojo ni manco, vale á peso de oro, arguye en su autor sutileza de ingenio. Cuando yo digo que en España se malogran los talentos por falta de protección, no hablo á humo de pajas. Ahí tienes,

Gamantes; tu amiguito es una joya; lo que antes contó del gacetillero y lo que acaba ahora de sugerir, son dos párrafos limpios como un cristal, sin asquerosidad francesa. Si lleva su estilo con ese ornato y elegancia, tendré yo que darte la norabuena por habermele traído á casa.

NEAN.—Mucho me complazco en el gusto de vuestra merced. Siéntome en verdad enco-gido delante de un severo censor.

GAM.—Hombre, no, desovíllate, suelta la taravilla con libertad, flechar la lengua conviene sin miedo. D. Geroncio, aunque le cansemos con disparates, hácese puente por donde todo pasa bien registrado con su apacible sufrimiento; á trueque de dejarnos instruídos, poco le importa llevar con paciencia de cordero nuestras importunidades.

GER.—Yo no soy amigo de extremos. Mas tengo por cosa averiguada, que el *Quijote* no contiene en su volumen la insumable cantidad de voces, cuanto menos la inmensa multitud de frases de que la lengua castellana consta.

NEAN.—Colgados nos tiene v. m. de su boca para escuchar su importante razonamiento.

GAM.—Á las razones me remito yo, con promesa de no hacerme á ellas inexorable.

GER.—Atención pide mi discurso, mas no tan ciega, que no dé lugar á objeciones, porque al fin fin engaño podía yo padecer, como quien no me precio de infalible.

NEAN.—El poner objeciones á nuestro cargo va; no hemos de hacer rendibú si las razones no van cortadas al filo de la verdad.

GER.—Doy principio preguntando: ¿Quién de vosotros ha descubierto en el *Quijote* los verbos *desagravar*, *desalmar*, *desanublar*, *desañar*, *desapocar*, *desapostemar*, *desaristar*, *desatemorizar*, *desaunar*, *descancelar*, *descastrar*, *desencenagar*, *desejar*, *desenejar*, *desengazar*, *desentelar*, *deserizar*, *deseternizar*, *desgaldir*, *desjarciar*, *desolazar*, *desvalorar*?

NEAN.—¡Calabazas fritas! Digo y redigo yo, que en el *Quijote* no se acordó Cervantes de sacar á colación esa cáfila de verbos, porque ciertamente no los puso en lista el Diccionario, como era natural los pusiese, de ser verdad lo que dice Gamantes...

GAM.—Lo que yo digo es que ese *de ser verdad* lleva traza de ser mentira, porque en castellano debemos decir *á ser verdad* y no *de ser verdad*, á menos que esa locución dependa del verbo *resultar*, *seguirse*, *colegirse*, etc.

NEAN.—Á ser verdad que la Academia hizo rebusca en el *Quijote*, como dice Gamantes, para mostrar en el Diccionario cuantas voces pudo haber á las manos, no se le hubieran ido de vista tantos verbos; por lo tanto no les dió alcance en el libro de Cervantes.

GAM.—Dos tonterías acabas, hijo, de soltar. Primera: ese *por lo tanto* en castizo lenguaje se dice *por tanto* como los clásicos lo usaban; hasta

el francés dice *pourtant*, aunque en otro sentido, y el italiano usa *pertanto*. Segunda: ¿dónde tienes, chico, las orejas? ¿No te ofende la asonancia *alcance*, *Cervantes*? Dejadas aquí tus bobadas, cuanto á los verbos de D. Geroncio téngolos por totalmente nuevos, nunca los oí en mi vida, peregrinos me son respecto de su significado, ofréceseme si se habrán inventado de industria.

GER.—Sí, de industria se inventaron para demostrar cuán á media miel nos dejó Cervantes en su famosa Novela, sin que por eso debamos poner en cuenta de desdoro su omisión.

NEAN.—Con la venia de v. m. me tomaré la libertad de advertir...

GER.—Oye, Neanisco; *me tomaré licencia*, decían los clásicos, no *me tomaré libertad*, frase cien mil veces repetida hoy por quien no ha gastado gota de sudor en trastear libros españoles del siglo xvii, siquiera haya revuelto obras francesas.

NEAN.—Me tomaré, digo, licencia de observar que, semejantes verbos privativos no arguyen gran caudal de invención; en un santiamén se fraguan, con sólo plantar un *des* á la cabeza del simple resulta el compuesto, como de *amar* sale *desamar*, de *hacer* viene *deshacer*, de *decir* se forma *desdecir*.

GAM.—Gentil advertencia, mi barbilucio. ¿No reparas que donde no hay simples, en vano es buscar compuestos? ¿Has oído alguna vez los

verbos *ejar*, *añar*, *galdir*, *almar*, para que de ellos salgan los privativos compuestos *desejar*, *desañar*, *desgaldir*, *desalmar*, etc., apuntados por D. Geroncio?

GER.—Bien aprieta la clavija mi discípulo Gamantes. Para que entendamos cuán ingeniosos fueron los clásicos autores, aun antes que con el estreno del *Quijote* comenzase á reirse la luz del alba. Porque es de saber que los verbos antedichos se nos entraron por las puertas, casi todos, en el mismo siglo xvi. Ahí están los escritores Antonio Alvarez, Rodrigo de Solís, Pedro de Vega, Pero Sánchez, Alonso de Cabrera, Alejo Venegas, Juan de Pineda, que no me dejarán mentir, cuyos libros, impresos antes de 1600, andan atestados de términos no vistos en el *Quijote*. Aquí los tenemos á la vista.

NEAN.—Pícame, señor, la curiosidad de saber qué caudal hizo la Real Academia de tan descollados ingenios; paréceme cosa muy natural no dejase de hacer claustro pleno por consultar esas riquísimas obras, de v. m. justamente encarecidas.

GAM.—Con licencia de D. Geroncio haré yo mi guisadillo, sirviéndole el plato para que luego él, á su gusto, reparta. De los siete autores mencionados no hizo archivo la Real Academia, salvo de los dos postreros, Venegas y Pineda; pero, por desgracia nuestra, digo del idioma, no arrimó la luz á las principales obras de entrambos esclarecidos maestros. La *Dife-*

rencia de libros del maestro Venegas y los *Diálogos Familiares* del franciscano Pineda quedaron sin memoria en el Diccionario de Autoridades, con ser la verdad que sólo este par de obras bastaban para crédito de la lengua castellana. Los otros cinco, Alvarez, Solís, Vega, Sánchez y Cabrera sepultólos la Academia en perpetuo olvido, cual si nunca hubieran sido en el mundo, con poderse llamar los siete patriarcas de nuestro idioma.

III

GER.—Lo mejor te lo dejaste en el puchero, hijo Gamantes, si bien no hiciste mal guiso: Los 35 *Diálogos* del doctísimo é ingeniosísimo P. Fr. Juan de Pineda atesoran más riqueza de lenguaje, más viveza de locuciones, más preciosidad de modismos, más fondo, en fin, de frases y vocablos que todas las obras de Cervantes, acompañadas de su inmortal *Quijote*. ¿Os tiene suspensos la duda? ¿Queréis verla desatada á deseo? Venga otro señor Canónigo, como aquel benemérito de Soria, Sáenz del Prado, háganos unas Concordancias de los *Diálogos*, cual las hizo del *Quijote* entresacando todas las palabras y frases de la obra cervantina; entresaque por un igual todas las de Pineda: apostaré yo entonces mil contra uno con quienquiera, que Cervantes habrá de humillar su penacho á los pies del fraile Francisco. Ganada esta victoria, pasemos á los demás escritos de D. Miguel,